

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

14, 21, 28 de mayo, 4 de junio de 2023

MD 2023 / 07

EL DISCERNIMIENTO A LA LUZ DEL ESPÍRITU

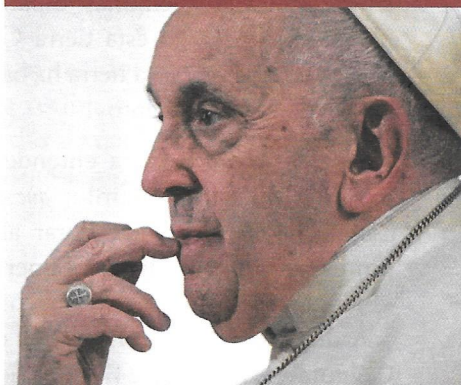
Hace poco, el CPL ha publicado las catequesis del papa Francisco sobre el «discernimiento». La verdad es que son un buen material que puede ayudar a la vida espiritual de todo creyente para ir concretando el camino de vida que el Señor dispone para cada uno de nosotros. Ciertamente, toda nuestra vida se basa en decisiones que debemos tomar cada día: qué vestido me pongo, qué comeré hoy, qué carrera estudiaré, dónde iré, qué haré con mi vida...

desde las preguntas más básicas y cotidianas hasta las preguntas más trascendentes. Quizá, incluso, con el riesgo de equivocarse. No tengamos miedo.

En este sentido, el papa Francisco nos exhorta a dejarnos iluminar por el Espíritu Santo. A no tener miedo a escucharlo en su Palabra, en la Eucaristía, en los rostros de los hermanos que tenemos a nuestro alrededor, en la sociedad y en el mundo de hoy que nos toca vivir... Dios continúa hablándonos a través de múltiples formas, pero hay que estar en sintonía. Por eso, en último término, nos recuerda que, hagamos lo que hagamos, y decidamos lo que decidamos, no dejemos de pedirle al Espíritu Santo que nos ilumine y nos guíe.

Os animo a leer estas catequesis para reflexionar y ser más conscientes de las decisiones que tomamos. Él sea nuestro camino.

Domingo 6 de Pascua / A
Ascensión del Señor / A
Pentecostés / A
Santísima Trinidad / A



DAVID ÁLVAREZ

EN EL CENÁCULO O SIÓN CRISTIANO

El acontecimiento de Pentecostés tiene lugar en el Cenáculo de Jerusalén, en la Santa Sión cristiana. «El mismo Espíritu Santo –dice a sus oyentes san Cirilo de Jerusalén–, después de haber hablado por boca de los profetas, bajó en Pentecostés sobre los apóstoles en forma de lenguas de fuego. El hecho tuvo lugar en Jerusalén, allí en la Iglesia Superior, llamada de los Apóstoles, una de las tantas gloriosas memorias esparcidas por nuestro país, en esta tierra Cristo bajó del cielo; y en esta tierra ha bajado del cielo el Espíritu Santo».

Parece ser, como dan a entender las palabras del mismo Cirilo, *que no le estaba permitido* hablar y adorar al Espíritu Santo en la «Iglesia Superior»: «Hubiera sido más conveniente –añade en sus catequesis tenidas en el Gólgota en los años 347-348, siendo aún presbítero– si, como las cosas que se refieren a Cristo y al Gólgota las predicamos en este Gólgota, las que se refieren al Espíritu Santo las predicáramos en la Iglesia Superior de los Apóstoles».* Cirilo no dice las razones por las cuales le fue impedido subir a la Iglesia Superior de los Apóstoles y hablar allí de Pentecostés. Hubiera sido más lógico ir al Cenáculo, sabiendo sobre todo que, en Jerusalén, era

importantísimo recitar las oraciones y leer las lecturas bíblicas «apropiadas al día y al lugar» (*apta diei et loco*), es decir, las celebraciones se realizan en los lugares santos obedeciendo al principio de la coincidencia del tiempo/acontecimiento bíblico con el lugar. La razón, parece ser, es que la iglesia estaba aún en manos de los judeocristianos.

El obispo de Jerusalén intenta inculcar en los catecúmenos la importancia de *la fe en el Espíritu Santo* y lo que significa en las vidas de los cristianos de todo el mundo, pero en especial los que habitan en la Ciudad Santa. Por eso, en otra catequesis, Cirilo dice con orgullo: «La efusión plena del Espíritu Santo en Pentecostés “tuvo lugar aquí, en esta ciudad de Jerusalén; tenemos, pues, este privilegio de hablar de los beneficios –divinos– realizados entre nosotros y no entre los otros”». ** Jerónimo, a finales del siglo IV, habla de Sión, «el lugar donde descendió el Espíritu Santo sobre ciento veinte personas, a fin de que se cumpliera el vaticinio de Joel». *** Eutiquio, en sus Anales, presenta así la fiesta de Pentecostés: «Diez días después [de la Ascensión], mientras los discípulos estaban reuni-

* Cirilo de Jerusalén, *Catequesis Bautismal*, XVI,4 *El Espíritu Santo* (PG 33,923s).

** Cirilo de Jerusalén, *Catequesis bautismal* XVII,13, *El Espíritu Santo* (PG 33, 986).

*** S. Jerónimo, *Epist. 108,9 Epitafio de Santa Paula*, en *Cartas de San Jerónimo*, II,262.

dos en la sala superior de Sión, bajó sobre ellos el Espíritu Santo y hablaron en todas las lenguas».****

En el año 387, cuando Juan II erigió la Iglesia de la «Santa Sión», esta iglesia gentil usurpó todos los derechos de la Iglesia Superior de los Apóstoles, afirmando que dentro de sus muros había bajado el Espíritu Santo, había aparecido el Resucitado y se había consumido la Última Cena. La peregrina Egeria describe cómo se celebra en la iglesia de Sión la fiesta de Pentecostés con la lectura apropiada tomada de los Hechos de los Apóstoles. Precisa la peregrina española que se lee allí el texto «porque exactamente aquel es el lugar en Sión donde tuvo lugar el acontecimiento de Pentecostés». Egeria añade una nota, escrita hacia el 395: «En nuestros días hay otra

iglesia».***** ¿Se refería a la iglesia-sinagoga de los judeocristianos? En realidad, no se sabe con exactitud si esta iglesia fue incorporada a la Santa Sión a finales del siglo IV o en los primeros años del siglo V. Conocemos también la ubicación de la Iglesia Superior de los Apóstoles en tiempos de los franciscanos.

Son importantes estos datos históricos. Nos permiten colocar el acontecimiento salvífico en el tiempo y en el espacio. Tú, peregrino, que estás en el Cenáculo, has querido seguir los pasos de tantos y tantos cristianos que se han venido aquí, al Sión cristiano, para recibir el Espíritu Santo. No te pierdas demasiado en razonamientos y disquisiciones. Recógete en oración, exclamando: «¡Ven, Espíritu Santo!».

ARTEMIO VITORES GONZÁLEZ

Fragmento del opúsculo

El Cenáculo, el Monte Sión cristiano

**** Eutiquio, *Anales*, VIII,10, El Cairo 1987, 152.

***** Egeria, *Itinerarium* 43,3 (Sch 21,248-249).



LA LECTIO DIVINA

La lectura orante de la Sagrada Escritura o *lectio divina* es una práctica muy antigua inventada por los monjes antiguos. Consiste en la lectura sosegada de la Biblia en un ambiente de oración.

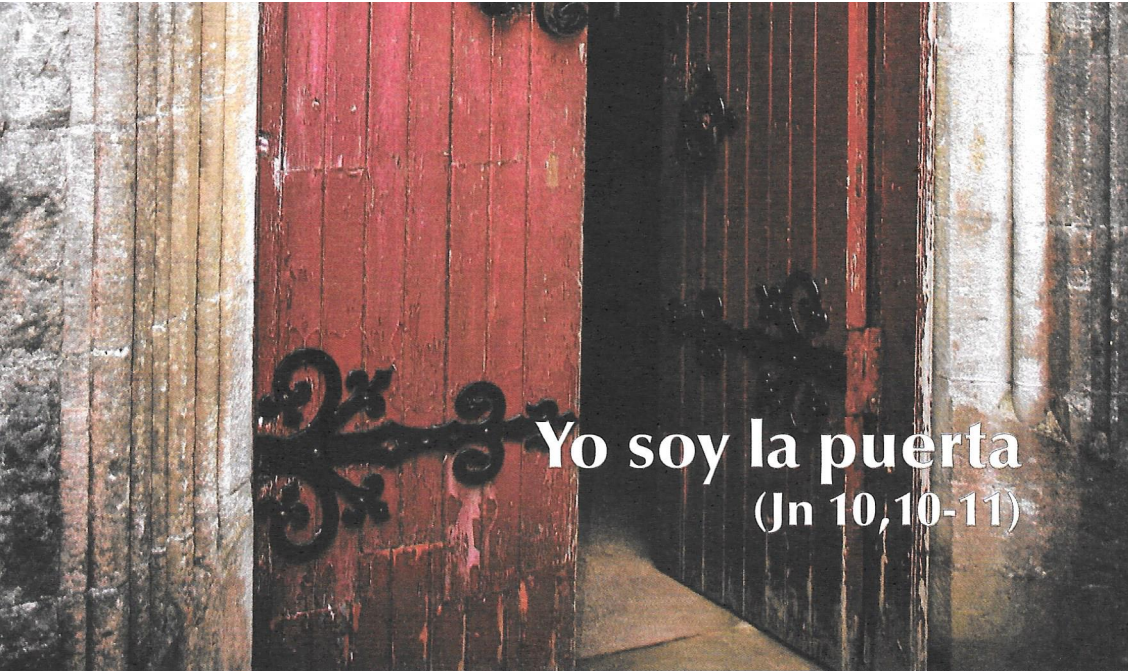
Es una forma magnífica de escuchar a Dios, porque allí Él se ha revelado, nos ha comunicado su interior, cómo es Él, cómo ve la vida (cf. DV 2). La Sagrada Escritura es como una carta de amor que Dios nos dirige.

Previamente a la lectura debemos pedir la presencia del Espíritu Santo, una actitud de devoción y de recogimiento, de «descalzarse» como Moisés ante la zarza ardiente (Ex 3). Estamos ante lo sagrado, Dios nos habla a través de la Escritura y para sintonizarla, debemos leerla con el Espíritu con que fue inspirada.

Una vez alcanzado un mínimo de devoción, hay que *leer* el texto lentamente, poco a poco, intentando comprender qué dice, qué quiere decir el texto. En una segunda lectura, podemos subrayar las palabras o gestos que nos han conmovido. En una tercera lectura, ya no leemos el texto entero, sino que vamos directamente a los subrayados y hacemos *meditación*, repitiendo aquellas palabras al ritmo de la respiración. Poco a poco, de la repetición de aquellas palabras, brotará la *oración*, donde ya no hay leyes, y todo se juega entre el Espíritu Santo y el orante.

Otra forma muy fructífera^{*} de orar con la Escritura es la *contemplación*, que pide más tiempo, llevar unos días de oración donde se ha purificado el corazón. Consiste en escoger un fragmento evangélico, por ejemplo el de Jesús y la samaritana (Jn 4) y situarse en la escena con imaginación «como si presente me hallare». Imagino el pozo de Jacob, el paisaje desierto, Jesús que se acerca, me pide agua..., al final yo le pido: «Dame esa agua...». Es una forma de orar muy intensa que puede llegar a afectar las profundidades de mi ser. Tal como decía Paul Ricoeur, el cambio de la persona se da en la imaginación. Es la fascinación por un relato bíblico lo que nos hace cambiar.

Si es verdad que somos lo que comemos, aún es más verdad que somos lo que leemos. Por eso, hay que vigilar con lo que nos entra por los ojos. La lectura asidua de la Palabra de Dios en oración es la mejor manera de asimilar, poco a poco, los criterios y las actitudes de Jesús, y nos contagiamos de la mentalidad bíblica. Hay textos que, como le pasó a san Antonio abad, son como si hubiesen sido escritos para mí. Como recordaba san Pacomio y toda la tradición monástica, aprender los textos de memoria va muy bien para hacer oración en cualquier ocasión.



Yo soy la puerta (Jn 10,10-11)

¹ En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ese es ladrón y bandido; ² pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. ³ A este le abre el guarda y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. ⁴ Cuando ha sacado todas las suyas camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz: ⁵ a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños».

⁶ Jesús les puso esta comparación, pero ellos no entendieron de qué les hablaba.

⁷ Por eso añadió Jesús: «En verdad, en verdad os digo: yo soy la puerta de las ovejas. ⁸ Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon. ⁹ Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. ¹⁰ El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estragos; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante.

¹¹ Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas.

Leer el texto

Leo este fragmento del evangelio según san Juan saboreando las palabras y la poesía del texto.

Para entrar en la escena y la oración, me imagino un lugar: un pasto, un cercado, quizá una montaña en la lejanía. Me tomo mi tiempo para permanecer en este lugar.

Comprender su significado

Este texto abre el capítulo 10, justo después del largo relato de la sanación del ciego de Siloé, en el cual Jesús ha dado la vista a un ciego de nacimiento, pero en el que sus contemporáneos no han sabido ver la obra de amor del Padre en Jesús. Jesús continúa intentando presentar este amor del Padre retomando la temática del Buen Pastor, que está muy viva en el imaginario y la cultura de sus coetáneos. Entonces, usa cuatro elementos de metáfora: el pastor, los ladrones, la puerta y las ovejas.



En pastor vs. el ladrón

Jesús contrapone dos figuras; la del buen pastor y la de los «ladrones y bandidos». Por mucho que él se identifique con el buen pastor («Yo soy el buen pastor»), tanto los ladrones como los bandidos continúan siendo, a la vez, plurales pero indeterminados. Entonces se dibuja una relación personal con el buen pastor y un desenfoque con los enemigos.

- Entro en la metáfora propuesta por Jesús, dejando que juegue el contraste entre el rostro de Cristo buen pastor y la pluralidad difuminada de los ladrones. Entre estos dos polos, ¿qué experimento? ¿Qué deseo pedir a Dios en Jesucristo?
- «Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas»: Jesús me hace esta declaración solemne. ¿Estoy a punto para recibirla? ¿Cómo se traduce en mi vida hoy? ¿Qué quiero responderle?

Las ovejas

Pastor, ladrones y puerta, todos tienen un vínculo con las ovejas. Estos vínculos son diferentes y, sin embargo, hablan directamente o en contraste con el amor de Dios para cada uno de nosotros, del cuidado que Jesucristo tiene de nosotros.

- Me imagino un rebaño de ovejas, en su cercado, el pastor, los ladrones que merodean. ¿Dónde me sitúo en la escena? ¿Qué oveja, qué carnero, qué cordero soy yo? ¿Qué sentimientos me atraviesan viendo el pastor, la puerta, los ladrones? Hablo de ello con el Buen Pastor.
- Las ovejas del rebaño son diversas, algunas fuertes, otras débiles, otras apenas añales, otras más viejas. Esta diversidad puede evocarme la diversidad de mi comunidad cristiana o de mi familia. Tomo un momento para confiar unas u otras al Señor.

La puerta

Encuadrando las ovejas, buen pastor y puerta se responden. Jesús se compara con ambos para decir cómo el amor del Padre nos rodea. La imagen del pastor evoca un guía, un camino que se hace; la imagen de la puerta sugiere un punto de acceso, una apertura a otro espacio, un riesgo que traspasar.

- Tomo el tiempo necesario para entrar en esta segunda comparación. Contemplo una puerta abierta como las ovejas pueden mirar la puerta del cercado. ¿Qué entra en mí? ¿Tengo miedo? ¿Quieres ir a ver el otro lado? Dejo que la imagen me hable y yo hablo de lo que va a Dios en la oración.
- Jesús nos tranquiliza: «Yo soy la puerta de las ovejas». Atrevernos a pasar a Dios a través de Jesucristo nos puede parecer arriesgado. Pero Jesús nos lo promete: allí nos espera la salvación, la vida, el acceso al amor mismo de Dios. ¿Estoy listo para pasar esta puerta? ¿Qué necesito para cruzar el umbral? Pido esta o aquella gracia al Buen Pastor.

Termino girándome hacia Jesús y repitiendo esta oración usada por san Ignacio de Loyola.

Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, confórtame.
¡Oh, buen Jesús!, óyeme.
Dentro de tus llagas, escóndeme.
No permitas que me aparte de Ti.
Del maligno enemigo, defiéndeme
En la hora de mi muerte, llámame.
Y mándame ir a Ti.
Para que con tus santos te alabe.
Por los siglos de los siglos. Amén



Pero hay un pequeño problema, y es que nuestra mirada no es limpia. El evangelio está lleno de ciegos que son sanados por Jesús. El discípulo es un ciego que debe ser iluminado para que vea la realidad con los criterios de Jesús. De aquí que sea necesaria una purificación de corazón, para que veamos con el corazón. «Crea en mí un corazón puro», dice el salmista (Sl 50); «Ilumina las tinieblas de mi corazón», dice san Francisco; «Señor, que recobre la vista», dice el ciego de Jericó... Y la Carta a los romanos (12,1-2) nos indica las condiciones para ver bien: «Os exhorto, pues, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo... Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente». Es decir: 1) Una actitud oblativa, no se puede ver bien desde el egoísmo. 2) No llevar una vida mundana que impurifica el

corazón y la mirada. 3) Que el Espíritu venga a renovar e iluminar nuestro interior. Todo eso, para que podamos tener el corazón purificado y una mirada limpia, como la de Jesús.

Para una mejor comprensión de los textos de la Escritura, ayuda mucho acudir a las introducciones y notas de la Biblia, así como la consulta de buenos comentarios y diccionarios bíblicos. Pero eso fuera de la *lectio*, como estudio para nuestro enriquecimiento.

La *lectio divina* ya es oración y, por eso, se debe hacer en un ambiente y actitud de oración.

Un libro muy recomendable para profundizar es: Carcia M. Colombás, *La lectura de Dios*, Zamora: Montecasiño 1980.

JOSEP MANUEL VALLEJO

JORNADA PRO ORANTIBUS

Coincidiendo con la solemnidad de la Santísima Trinidad, toda la Iglesia recuerda hoy, especialmente, todas aquellas personas, hombres y mujeres, que hacen de su existencia una contemplación a Dios y un canto de alabanza al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Por eso, esta jornada se llama *pro orantibus*, para recordar en este día a los hombres y mujeres que, en la vida contemplativa, son como la luz encendida que brilla en nuestro mundo. En este día, oramos por todos ellos, damos gracia a Dios Trinidad por lo que representan y por el patrimonio espiritual que aportan y que enriquece nuestra Iglesia.

Ciertamente, la celebración del misterio del Dios Uno y Trino hace que nos encontremos ante la grandeza de Dios mismo. Por eso, los místicos son los que más se han acercado al rostro de Dios, expresando y manifestando su pequeñez ante la Santísima Trinidad, como bien expresa san Juan de la Cruz: «Cuanto más alto se sube / tanto menos se entendía, / que es la tenebrosa nube / que a la noche esclarecía; / por eso, quien la sabía, / queda siempre no sabiendo, / toda ciencia trascendiendo».

En este momento sinodal que vive nuestra Iglesia, nuestros obispos nos recuerdan la misión que realizan las personas contemplativas al ser porta-

doras de la luz del Señor, y de mantener su llama encendida, como centinelas. Como san Juan Bautista, ellos también pueden decir que ellos no son la luz, sino testigos de la luz.

En esta Jornada *Pro orantibus*, miramos con agradecimiento y con esperanza a nuestros hermanos y hermanas contemplativos, pidiendo que el Señor los guarde y los haga brillar entre nosotros. Y acudimos a su sabiduría y su fidelidad para fundar el sueño de una Iglesia cada vez más sinodal sobre bases sólidas y duraderas. Sabemos que ellos, con su testimonio, empujan a toda la Iglesia a ensanchar el espacio de su tienda y a salir en peregrinación. La radicalidad de su búsqueda y de su entrega, puesta sobre el celemín, arde como el candil en la casa, como la lámpara en el camino. Su oración ininterrumpida, abierta a la Palabra del Señor, pone bajo el signo de la gracia todos nuestros esfuerzos sinodales. Su combate interior, el único que trae la paz al corazón, nos espolea a abandonar esquemas personales y eclesiales caducos o poco evangélicos. Su mirada fraterna, siempre pendiente de procurar espacios de reconciliación y comunidad, nos llama a reforzar los lazos que construyen el reino de Dios. La vida contemplativa, en suma, nos sigue acercando la luz de la Santa Trinidad para que todo el pueblo de Dios, en camino sinodal, la haga llegar con alegría a todos los rincones de la tierra. (Obispos de la Comisión Episcopal de la Vida Consagrada)

El sentido teológico de la liturgia (núms. 16-19)

El redescubrimiento del sentido teológico de la liturgia gracias al movimiento litúrgico y a la constitución *Sacrosanctum Concilium* nos ayuda a superar concepciones reduccionistas o instrumentalizadoras de la celebración; en este sentido, el Papa nos recuerda que la oración del Señor en la Cena cuestiona nuestras divisiones eclesiales, porque la Eucaristía es «sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad», en palabras de san Agustín (cf. Dd 16).

La «mundanidad espiritual» (Dd 17) es una de las tentaciones de la vida de la Iglesia que se expresa en dos antiguas herejías que aún influyen en la vida cristiana, que la liturgia ayuda a combatir porque no es un simple ceremonial o un conjunto de ritos (cf. Dd 18). La primera es el gnosticismo, que conduce al subjetivismo en sí mismo. La liturgia nos libera de la autoreferencialidad, porque la liturgia es de la Iglesia del Cuerpo de Cristo, no de cada uno de nosotros: es el paso del «tú» al «nosotros» y nos lleva juntos al conocimiento del misterio de Dios, no

como una aventura personal en solitario, y mediante el simbolismo del cuerpo en coherencia con la encarnación (cf. Dd 19). Como vemos, el tema de la encarnación es recurrente en el pensamiento de Francisco, porque da realismo y consistencia a la liturgia y a la opción de vida cristiana.

La otra desviación es el neopelagianismo, negador del valor de la gracia divina, que nos hace confiar solo en nuestras fuerzas, de modo que nos abocamos a un elitismo narcisista y autoritario que nos convierte en jueces de los demás (cf. Dd 17).

Por tanto, el sentido teológico de la liturgia nos hace descubrir la belleza de la celebración, la verdad que contiene y custodia, su poder salvador y transformador, y sus consecuencias en la vida cristiana. En efecto, hay una correspondencia entre el *ars celebrandi* y el *ars vivendi*, que olvidamos cuando entendemos la liturgia simplemente en términos de ritualidad.

GABRIEL SEGUÍ I TROBAT

QUE LOS SIGNOS SIGNIFIQUEN Y EDUQUEN EN CRISTIANO

Por una pastoral litúrgica de la Palabra y también de los signos. Siempre había sido así. Tiene tanta importancia lo que decimos como lo que hacemos. Toda una lección de testimonio por parte de los que somos responsables de animar la fe de nuestro pueblo y para ayudar a dar razón de la esperanza. Hoy, no solo es necesaria, sino imprescindible, una formación que vaya unida a la celebración de la Palabra y de los sacramentos, hecha con mucha paciencia, pero también con aquel ardor apostólico que quiere ayudar a crecer en la fe, motivar la esperanza y orientar hacia una acción caritativa y social. No se entiende una liturgia que no sea significativa para al pueblo que la celebra y la quiere convertir en expresión sincera de su vivir cristiano.

La esperanza, la fe y la caridad constituyen el fondo común de la espiritualidad cristiana. Las fiestas de la Ascensión, Pentecostés y la Santísima Trinidad nos brindan una magnífica ocasión de vivir momentos clave de la fundamentación de nuestra fe. Cuando decimos fe, decimos confianza. Cuando decimos confianza, decimos esperanza. Cuando decimos confianza, también decimos amor y caridad. Tener confianza en alguien es reconocer su dignidad y su misterio, es sentirse recíprocamente reconocido y amado. Confiar en Dios será, sobre todo, sentirse amado por Él. Cuando hacemos el anuncio de todo eso, experimentamos la exigencia del testimonio que hay que

dar. Dice san Agustín: «Todo lo que expliquéis, hacedlo de modo que quien os escuche crea escuchando, espere creyendo, y ame esperando».

Son muchos los que desean unas celebraciones que sean significativas, que contagien esta vivencia y que, a la vez, ofrezcan elementos significativos muy conectados con lo que vivimos cada día para encontrar la presencia y la acción de Dios. No podemos permitir que se roben nuestras expresiones litúrgicas para reducirlas a elementos folklóricos o puramente sentimentales cargados de emociones. En ellas está presente Dios con su misterio de amor, la presencia salvífica de Jesús y la inconfundible acción del Espíritu.

Será importante, en cualquier situación, recuperar el auténtico significado de lo que recibimos por tradición y lo que debemos transmitir por fidelidad. Pensamos que el mensaje cristiano viene marcado por un anuncio esperanzado y alegre, transmitido con madurez y sentido común. Los signos deben ser expresivos de la verdad que contienen y deben ayudar a superar el clima marcado por la rutina, la inseguridad y la desconfianza. Palabra y signos conforman un conjunto que siempre debemos favorecer, sean signos sacramentales, sean expresiones espontáneas de la fe del pueblo. Es importante, pero, que esta unidad sea cada vez más sincera y auténtica.

SEBASTIÀ TALTAVULL ANGLADA

Centre de Pastoral Litúrgica

 Diputació 231 - 08007 Barcelona

☎ 933 022 235 🖱 cpl@cpl.es - www.cpl.es

ωq +34 619 741 047

Director de la publicación: David Álvarez

Año LV

Suscripción anual: 89,00€ €

Precio de cada ejemplar: 6,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975